

da, y que sin embargo, está aun mal comprendida. En fin, despues de la caída del gobierno real, ha venido á chocar por el armamento de 1832 con la situacion política producida por la revolucion de 1830.

En esta narracion he aqui el sistema que hemos adoptado. No olvidando que ante todas cosas, era la vida de la princesa lo que referiamos, la hemos seguido en toda la série de vicisitudes que ha atravesado, como la gran línea que debia dominar toda la obra. Siempre que el destino de S. A. R. se ha mezclado á una situacion política, hemos pintado esta situacion de una manera imparcial y concisa. Cuando la duquesa de Berry se ha encontrado la espresion misma de una situacion general, entonces hemos tocado á la historia, y por esa razon se advertirá acaso que hemos dado algunas lucés sobre el armamento de 1832, y sobre todos los acontecimientos que han marcado aquella época memorable y critica.

No nos resta mas que indicar las divisiones principales de la obra.

La primera principia en el nacimiento de MADAMA, y se detiene en la muerte de MONSEÑOR el duque de Berry.

La segunda, parte del funesto 12 de febrero y atraviesa toda la restauracion para terminar en el destierro.

La tercera se abre con los preparativos de la expedición de 1832, que se terminó con el arresto de Maria Carolina, y concluye hasta nuestros dias.

Triste época la nuestra, en la que cuando se quieren buscar esos grandes acontecimientos que se elevan como otras tantas columnas miliares, en la vida de los príncipes, solo se encuentra una prision, un destierro, un sepulcro.

Alfred Nettment.



PRIMERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

Grandeza de la casa de Borbon.—Prueba de la descendencia de ella de la duquesa de Berry.—Una rama de la casa de Francia en Madrid.—Una rama de los Borbones de España en Nápoles.—El hijo de la duquesa de Berry desciende de Enrique IV por catorce motivos.—Carlos III.—Fernando IV.—Juicios dados sobre este principe.—Su educacion.—Su matrimonio.—Anecdotas.—La viuda y las tres pавas.—Desconsuelo del rey á la noticia del terremoto de Mesina.—Hermosa palabra.—Sus ministros.—El caballero Acton.—Lady Hamilton.—Lord Nelson.—El padre y la madre de la duquesa de Berry.

No hablaríamos del ilustre nacimiento de la duquesa de Berry, si la nobleza de su estirpe no impusiese la nobleza de corazon, y si la larga série de abuelos que marchan delante de los príncipes de una casa poderosa, no les prescribiesen deberes particulares que llenar. Ella desciende por la rama de Nápoles, de la augusta casa de Francia, de la que decia un santo hace muchos años, que nada hay mas grande debajo del sol, y de la cual un rey sabio decia en el último siglo. «El mas bello delirio que puede tener un monarca, es pensar que es rey de Francia.»

Es necesario recordar de que modo llegó esta

rama de la casa de Borbon al trono de Nápoles. En 1700, Carlos II rey de España, cuya sucesion ocupaba despues de tanto tiempo á toda la diplomacia europea, falleció sin dejar hijos. Su testamento llamaba á recoger su inmensa herencia á Felipe, duque de Aujou, segundo hijo del delfin de Francia y nieto de Luis XIV. El jóven príncipe aceptó con el consentimiento de su abuelo la sucesion del rey de España, y entonces fué cuando se pronunció la célebre frase que señalaba el cumplimiento de aquel gran designio que habia ocupado tres reinados y el genio de tres grandes políticos (1): «Hijo mio, desde hoy no hay ya Pirineos.»

Entre las posesiones que componian la rica sucesion á que era llamado el duque de Aujou, se contaba el reino de Nápoles y de Sicilia. Cuando el resultado de la guerra hubo afirmado á Felipe V en el trono á que acababa de subir, dió el reino de Nápoles y de Sicilia en herencia á su segundo hijo Carlos III, quien sucediendo en 1759 en la corona de España por la muerte de su hermano mayor Fernando VI, invistió con la corona de las dos Sicilias á su hijo tercero, que tomó el nombre de Fernando IV. Este fué el abuelo de madama la Duquesa de Berry.

Su advenimiento se efectuó en 6 de octubre de 1759. El rey Carlos III rodeado de la reina, sus hijos, los grandes del reino, los embajadores extranjeros, y los nombrados para componer la regencia, leyó el acta por la cual le constituia su sucesor. Despues de esta lectura se volvió ácia su hijo, le recomendó amar á sus súbditos, ser justo, religioso y clemente, y sacando su espada, la que Luis XIV ha-

(1) Enrique IV, Richelieu y Luis XIV.

bia dado á Felipe V, y este á su hijo, la puso en las manos del nuevo rey, dándole por primera vez el título de magestad, y le dijo: «Consérvala para la defensa de la religion y de tu pueblo.»

Fernando IV, como todos los príncipes nacidos en tiempos de turbulencias y de pasiones, ha sido juzgado hasta ahora, segun las opiniones mas bien que por los hechos: por consiguiente es de esperar que la historia le juzgue con mas imparcialidad. Llegado al trono á la edad de ocho años, y entregado á los cuidados del príncipe de san Nicandro, persona de alto nacimiento, pero que no estaba al nivel de la difícil mision que le fue confiada, no recibió aquella educacion que debe preparar los príncipes á los deberes de la dignidad real.

Fernando no aprendió cosa alguna, se cultivó su ignorancia, y se le adormeció en aquella pereza de espíritu natural á los niños. En contra-posicion era uno de los mas infatigables andarines y el mas intrépido ginete de su reino. Todas las fatigas corporales agradaban á aquella inteligencia entorpecida: la caza y la pesca llenaban todos sus momentos. Poco á poco aquella vida holgazana en su inutil actividad se le fué haciendo agradable. Las ocupaciones de la corona le pesaban sobremanera; pero tenia bajo aquella grosera corteza, un buen sentido natural, que dejaba á veces brillar algunos relámpagos fugaces, y puede decirse de este príncipe, que si en muchos hombres la educacion corrige á la naturaleza, en él fue la naturaleza quien en mas de una circunstancia, corrigió á la educacion. Uno de los mas severos censores de su reinado ha dado acerca de su persona el juicio siguiente. «Se habria tenido en él un príncipe escelente si hubiese llegado á moderarse en su pasión funesta por la pesca, que le

quitó muchos momentos que habria podido consagrar á los negocios públicos.»

Cárlos III pensó muy luego en casar al rey su hijo. La Emperatriz Maria Teresa, que reinaba entonces en Austria, parecia destinada á suministrar soberanas á todos los tronos católicos de Europa. Las princesas sus hijas eran educadas mas bien como reyes que como reinas, y la educacion varonil que recibian á la vista de su madre, acostumbraba de antemano su brazo al peso del cetro. El rey de España pidió y obtuvo para su hijo el rey de Nápoles á Carolina Luísa, Archi-duquesa de Austria, hermana de Maria Antonieta y como ella, hija del emperador Francisco I y de la emperatriz Maria Teresa. Este matrimonio se efectuó en 1768. El rey Fernando IV nacido el 12 de enero de 1751, tenia diez y siete años, y la reina uno menos que él.

El enlace que unia estas dos existencias destinadas á sufrir tantos reveses, á padecer tantas catástrofes y ser emenazadas por tantos peligros, fué la señal de las fiestas. El rey y la reina hicieron su solemne entrada en Nápoles el 22 de mayo. Hubo grande espectáculo en el teatro de san Cárlos (1),

(2) El teatro de san Cárlos es el mas hermoso que hay en Europa. El dia de su inauguracion, 4 de noviembre de 1737, al entrar Cárlos III en su palco quedó lleno de admiracion: él aplaudió al arquitecto, y los espectadores aplaudieron al rey. En medio de la alegria universal Cárlos III hizo llamar á Carasale, éste era el nombre del arquitecto, y le felicitó en voz alta por su obra: despues de haberle dirigido los mayores elogios, le dijo el rey que, tocando las paredes del teatro á las de palacio, la familia real habria encontrado mas cómodo el pasar de un edificio á otro por una galeria interior. El arquitecto hizo una inclinacion y Cárlos le despidió añadiendo: «Ya pensaremos en ello.» Al salir el rey de su aposento, concluida la representacion, encontró á Carasale que le preguntó si queria volver á palacio por la galeria interior de que habia hablado. No entendiendo el rey

y los regocijos duraron muchos meses en la ciudad y en palacio.

La educacion del rey habia sido tan descuidada, que las dinastias de primeros ministros se sucedian como reinados. Despues del príncipe de san Nicandro habia venido el marqués de Tanucci, Parmesano de origen, que, apoyado por la corte de Madrid, prolongó su autoridad hasta 1777, época en que, desgraciado con Cárlos III, que conservaba la mayor influencia en la administracion napolitana, tuvo necesidad de retirarse.

Sucedióle el marqués de la Sambura, y gobernó hasta 1784. Una carta en que hablaba del rey en términos injuriosos, fué interceptada y determinó su separacion en el término de veinte y cuatro horas. Su sucesor fué el caballero Acton, nombre de triste celebridad.

Desde el primer momento de su matrimonio, Fernando habia depositado toda su confianza en la reina. Ella reunia á un espíritu vivo y penetrante la firmeza de su madre, y soportó con impaciencia el yugo que humillaba una frente real ante la administracion de un súbdito. «Señor decia al rey, á lo menos nada teneis que temer de mi ambicion cediéndome una parte de vuestro poder: mis intereses son los vuestros, ¿y quién tiene mas motivos para gobernar bien un reino, que la madre de los que un dia han de reinar en él?

la proposicion, se la hizo repetir: pero bien pronto vió que el arquitecto habia efectuado una especie de prodigio. En cinco horas habia derribado gruesas paredes, improvisado puentes y escaleras con maderas y tablas, y por medio de la iluminacion, los telones y los espejos habia dado á aquel pasadizo un aspecto agradable, y pintoresco que causó infinito placer al rey, y le sorprendió mas que la representacion teatral.

Fernando accedió al deseo espresado por la reina, y desde el mismo momento tuvo ésta una influencia muy alta en el gobierno.

El rey por su parte, continuaba disfrutando aquella vida de simple particular que le era tan querida, aquella vida en que sin duda la dignidad real estaba demasiado sacrificada, pero en que el hombre ganaba en popularidad lo que el rey perdía en magestad. Las costumbres de los pueblos se diferencian como su caracter y su espíritu. Lo que hubiera sido ridículo en París maravillaba en Nápoles.

¿Por qué no recordáramos aquellas escenas de familiaridad popular del hermoso arrabal de Chiaja que agradaba tanto á Fernando y á su pueblo reunido en derredor de él?

Frecuentemente á su regreso del mar, el rey de Nápoles en un traje que en nada representaba la dignidad real, hacia ostentar sobre su playa el producto de su pesca, y la vendía él mismo á las personas que se presentaban, ya fuesen verdaderos compradores, ó ya que el vestido bordado de los cortesanos, sábios en encontrar una adulacion para cada capricho de su amo, se mezclase al traje sencillo y pintoresco de los Lazaroni.

Allí era necesario presentarse con el dinero en la mano, porque Fernando mostraba una extrema desconfianza. El vendía lo mas caro que podia, exaltando su mercancía con un énfasis semi-serio, disputando por el precio como si hubiese esperado de su comercio el pan del dia, luchando de palabras con los Lazaroni, que despreciaban lo que querían comprar, tanto que en fin la discusion se terminaba casi siempre por cuestiones en que el lenguaje de las dos partes contratantes se animaba con aquella vivacidad italiana tan pintoresca y tan atrevida. Enton-

ces se gastaba mas elocuencia cómica sobre la playa del arrabal de Chiaja en una hora, que sobre todos los teatros de Europa en un año entero. El rey, que tenia un singular placer en esta diversion, iba en seguida á referirla á la reina. Ciertamente estos pormenores chocan á nuestras costumbres francesas; pero es necesario no olvidar sin embargo, que cuando nuestros ejércitos invadieron la Italia, esos mismos Lazaroni del arrabal de Chiaja defendieron á Nápoles durante tres dias, contra todos nuestros esfuerzos, y detuvieron un momento nuestras banderas.

Aquella sencillez de Fernando le proporcionaba tambien á veces la ocasion de desempeñar sus deberes de príncipe. Paseábase un dia sin comitiva en el parque de Caserta, cuando se le acercó una pobre viuda, á quien tenia puesto litigio un poderoso sobre la pertenencia de unos cortos bienes, que apenas bastaban para su subsistencia y la de ocho hijos. El relator del negocio, ganado por el rico litigante, era contrario á la viuda, por lo que la aconsejaron que se quejase directamente al rey, y con este objeto fué á colocarse en una alameda, donde la habian dicho acostumbraba pasearse todas las mañanas. No siendo ella de Nápoles, y viniendo de la Calabria ulterior, no conocía al rey por su semblante, é ignoraba sus sencillas costumbres. Asi pues, cuando vió venir hácia ella un hombre vestido de un simple uniforme, pensó que fuese algun oficial de palacio, y le preguntó si el monarca pasaria pronto, y por qué señas podria conocerle.

Fernando IV, porque era él mismo, encantado de no ser conocido, la respondió: «No puedo decirlos cuando vendrá el rey, porque es posible que muere de idea, pero si teneis algun memorial que presentar, yo me encargaré de él con mucho gusto.»

La viuda le hizo relacion de su pleito, le entregó su memorial, y advertida de que en la corte de Nápoles era muy conveniente apoyar las pretensiones con algunos presentes, le ofreció como prueba de su reconocimiento tres pavas cebadas, que serian, dijo, una verdadera comida de rey. (*Tre gallinacci grassani, che sarrabero un buccello squisito per la boca d' un re.*) «No es cosa de despreciar, madama; tres hermosas pavas, ¡diablo! dijo sonriendose el príncipe, heme aquí absolutamente decidido á servirlos; segun lo que me habeis dicho veo que la justicia está de vuestra parte: vuestro último argumento no es malo tampoco. Traedmelo mañana, y yo os entregaré en cambio vuestro memorial decretado de mano de S. M.»

Ambos fueron exactos á la cita: la viuda llegó con sus tres pavas tan alabadas, y el rey con el memorial firmado de su mano: además dirigió una severa reconvencion al relator, é hizo ganar á la pobre familia el pleito que tan injustamente iba á privarla de sus bienes.

Recibidas las pavas, cuya escelencia reconoció, Fernando se apresuró á hacerlas presentar á la reina, diciéndola con alegría: «Ved mi querida maestra ese fruto de mi trabajo; yo he frustrado de él á nuestros ministros, que habrian recibido el presente, y no habrian hecho justicia.»

El rey llamaba á la reina su *muestra*, porque ella le habia dado los primeros elementos de los conocimientos que su educacion tan estrañamente abandonada no le habia permitido adquirir. A pesar de su ignorancia, sabia rendir homenaje á las ciencias y á las letras, y no hablaba de los hombres instruidos sino con el mayor aprecio y consideracion. Era igualmente sensible á la elocuencia, y solo por el

encanto de su palabra obtuvo el P. Pascali, franciscano, el favor real, que mas adelante le condujo á un obispado. El capellan mayor de S. M. presentaba para ocupar la vacante de aquella silla tres eclesiásticos de casas distinguidas: el rey le respondió con aquella áspera originalidad que le caracterizaba: «Vos me habeis puesto bastantes obispos ignorantes sobre la conciencia; dejadme nombrar éste á mi modo, y yo rogaré á Dios y á San Genaro os perdonen el nombramiento de los otros.»

Las personas de mérito no fueron raras en Nápoles en el reinado de un príncipe que estimaba las letras aunque no las cultivaba. Pueden citarse entre los que se hicieron notar á *Leonardo Panzzini*, historiador y diplomático: *D. Miguel Roco*, autor de una obra muy estimada sobre los bancos públicos: el hijo del célebre *Vico*: *Sorio*, autor de un sabio tratado sobre el comercio de los antiguos: *Andria*, profesor de agricultura y fisico: *Mauvy*, médico y químico: *Filangieri*, cuyo nombre no necesita elogio: *Javier Mathey*, poeta: *José María Gulenti*, que es el que mejor ha escrito sobre la administracion y el derecho público de las Dos Sicilias: *Galiany*, tan lleno de talento y de mordacidad á un tiempo.

Algunos años despues de su matrimonio, Fernando resolvió visitar una parte de la Italia y de la Alemania. Las personas mas allegadas á él, temiendo la impresion que podria producir sobre los estrangeros su educacion tan descuidada, se opusieron quanto les fué posible á este viage, pero la voluntad del rey fué inexorable y partió.

Luego que estuvo fuera de sus estados, desconcertó á la vez los temores de sus amigos, y la esperanza de sus detractores. Demasiado franco para encubrir sus errores, no trataba de ocultar su igno-

rancia bajo una afectada reserva. Si sus discursos no anunciaban la ciencia, descubrian un sentido profundo: su ingenuidad no carecia de encanto: él sabia ignorar, gran calidad en los que, colocados en un rango superior al de los demas hombres, se imaginan frecuentemente saber por derecho de nacimiento aquello que no han aprendido.

Sin embargo, si Fernando confesaba voluntariamente su ignorancia, encontraba en su talento natural respuestas siempre prontas para los que parecian querer reconvenirse.

En la época en que él dejó sus estados, el emperador José II y el gran duque de Toscana sus cuñados, habian emprendido tambien correr el mundo, y se encontraron varias veces. Leopoldo era instruido, y tenia la manía de parecerlo. Atrevióse un dia á llamar aparte al rey de Nápoles para hacer ostentacion de una serie de principios, que le empeñó á poner en práctica cuando regresase á sus estados.

Fernando le escuchó con la mas perfecta bondad, dejándole ir tan adelante como quiso, y tomando á su vez la palabra, afectando el lenguaje cómico y grotesco de los lazaroni:

«Dime, doctor, le dijo, tienes muchos napolitanos á tu servicio ó en tus estados?»

«Ni uno solo, respondió francamente Leopoldo, que no preveia el objeto de la pregunta.»

«Y bien! replicó Fernando; sabe mi grave doctor, que hay muchos miles de toscanos en mi reino, y bastante número de ellos en mi casa: estarian alli, si tú les hubieses enseñado á ganar el pan en su patria?»

El gran duque no supo que replicar.

Fernando IV. conocia al emperador José: le habia

visto en Nápoles, y le encontró en Mantua, en Milan y en otras muchas ciudades. Es cosa sabida que este monarca tenia un espíritu dogmático, y que su palabra era picante hasta la amargura. El rey de Nápoles, fatigado de la forma de los consejos que se empeñaba en darle, le respondió con aquella franca alegría que le era propia:

«Conozco, señor, toda la diferencia que existe entre nosotros; cuando yo he querido ponerme en camino me he visto obligado á hacerlo á escondidas de mi pueblo, al paso que vuestros súbditos me parece han soportado vuestra partida con demasiada paciencia.» Despues añadió: «Doctor, escucha ahora: «tú te acuestas en el duro suelo; duermes poco, comes apresuradamente, dijeres mal, ocupado sin cesar en leer ó meditar, huyendo las diversiones y tomándote un trabajo indecible; tú te haces el mas infeliz de los hombres, y sin embargo todo te sale mal. Yo paso noches tranquilas, como con apetito y dijero fácilmente: yo hago todo el bien que me sugiere el buen sentido de que estoy provisto: mis súbditos me aman, están contentos conmigo, y sobre todo, me aman aunque yo no me tome la centésima parte de trabajo que tú te tomas. Creeme, concédete á tí mismo un poco de reposo; y dejale tomar á los demás.»

Este viage produjo un visible cambio en el espíritu de Fernando. Su inteligencia se hizo mas activa; sus cartas sencillas y claras, llevaban la impresion del sentido mas recto, y se podia observar que, en las circunstancias difíciles, el rey era siempre bien inspirado por su propio movimiento.

Cuando se le anunciaron los horribles desastres causados en sus estados por el terrible temblor de

tierra que el 5 de febrero de 1783 destruyó la ciudad de Messina (1) y desoló parte de la Calabria, Fernando aterrado de este golpe, permaneció algun tiempo mudo é inmóvil.

«¡Dios mío! exclamó en fin; con qué Messina ha quedado destruida y la Calabria arruinada!»

Apoyóse contra una cama, y por espacio de dos horas continuó en un estado en que parecia que su razon estaba próxima á vacilar á la vista de tan terrible noticia. En seguida mandó llamar á todos sus ministros; les habló en particular, y les dió las órdenes mas positivas para que, sin perder un momento, se acudiese al socorro de los desgraciados que habian podido salvar su vida.

En seguida se retiró á un aposento, y encerrándose en él permaneció durante veinte y cuatro horas entregado á su dolor, y sin abrir mas que para recibir los partes que llegaban.

Los pormenores contenidos en ellos eran horrosos. El rey se agitaba, y recorría desolado todas las habitaciones, dando muestras de la mas violenta desesperacion. La reina menos acojonada, ó mas dueña de sí misma, tratando de consolarle, le preguntó qué haría si perdiese uno de sus hijos. «Señora, contes-

(1) El miércoles 5 de febrero de 1783 á la una de la tarde, un temblor de tierra que duró cien segundos, devoró ciento y nueve poblaciones. El número de muertos fué de treinta y dos mil de todo sexo y edad. La sacudida se efectuó de todas maneras y en todas direcciones; vertical y horizontalmente: por oscilaciones, por pulsaciones y en torbellino. Nada quedó de la antigua apariencia del pais: ciudades, aldeas, caminos, bosques, monumentos de toda especie, todo quedó destruido, y los habitantes consternados recorrian los lugares que los habian visto nacer como una tierra estrangera y desierta.

tó: ¿y tantos miles de personas á quien ha herido la muerte no son tambien mis hijos?

¿Cómo un príncipe que era naturalmente inclinado á la mansedumbre vió ensangrentar su reino por las terribles ejecuciones de que la Italia se acuerda todavia? Esto es lo que se necesita explicar.

Colocada en tiempos tranquilos, la autoridad de Fernando hubiera sido pacífica y benigna. Pero llegó á una época en que las coronas temblaban sobre sus bases, y en que los monarcas descendian del trono para subir al patíbulo. La muerte de Luis XVI y la de María Antonieta habian hecho una profunda impresion sobre Fernando, y mas aun sobre la reina su esposa. La revolucion francesa mostraba sobre la plaza del 21 de enero el sangriento porvenir de todo el que tenia en la frente la señal de la diadema. Además, se habia insinuado en el favor de los reales consortes un hombre sin piedad, como tantos otros advenedizos deseosos de teñir con sangre la púrpura que arrojan sobre su bajeza orinal, desenfrenado en su orgullo é inexorable en sus venganzas: este era el caballero Acton.

Nacido en Besanzon, donde su padre, irlandés de origen, ejercía la profesion de médico; Acton despues de adquirir algunos conocimientos superficiales, entró en la marina y no pudo ser empleado en Francia. Enfurecido de esta repulsa dejó el suelo que le habia visto nacer, jurándole un odio eterno, y principió á correr el mundo en busca de un pais que admitiese sus servicios. La Inglaterra le rechazó tambien; mas no obstante, por recomendacion del encargado de negocios del imperio británico, obtuvo en Toscana del gran duque el mando de una fragata. Tuvo ocasion, con este motivo, de salvar la vida á un gran número de españoles que ha-

brian perecido en la tierra inhospitalaria de Africa, y esta feliz casualidad le condujo á la fortuna. El rey de Nápoles le dió un mando mejor, y pasó á su servicio. El gran duque de Toscana en respuesta á la carta en que se le pedia el consentimiento para la promocion de Acton, decia : «no carece de habilidad, pero es necesario vigilarle porque es intrigante y peligroso.»

Tomóse esto por un mal proceder del ministro toscano, y se abandonó tan buen aviso. Acton ganó prontamente el favor del rey y de la reina. Fué nombrado ministro de marina, despues de la guerra; en fin, él formó para administrar la hacienda un consejo compuesto de hechuras suyas. Desde entonces Acton reinó solo, y cuanto mas se aumentaba la actitud amenazante de la Francia, tanto mas crecia su crédito. El traspasó en fin todos los límites cuando el embajador inglés sir Hamilton hubo traído á Nápoles una muger de quien debemos hablar, porque ejerció tambien una funesta influencia, y adquirió una triste celebridad en aquella época.

El origen de Lady Hamilton era mas que oscuro. Emma Liona, hija natural de la criada de una posada, cuyo nombre jamás ha sido bien conocido, despues de haber sido niñera en una taberna, despues de haber ejecutado en el templo de la regeneracion del doctor Graham el papel de la diosa Higia, despues de haber sido la dama favorita de muchos señores ingleses, concluyó por inspirar una pasión tan violenta y tan insensata á sir Villiam Hamilton, sábio escocés y embajador de S. M. B. cerca del rey de Nápoles, que en desprecio de todas las consideraciones, y á pesar de su abanzada edad la hizo su esposa.

Esta criatura estraordinaria, hermosa sobre to-

da espresion, seductora como una sirena, hábil como una encantadora, lijera como las sílfides y graciosa como las ninfas, era un prodijio de talento y de crueldad, de belleza y de vicios, de indiferencia, de abandono, de gracias naturales y estudiadas, así como de codicia y de infamia. Los pintores, los poetas, los artistas todos, la eligieron como modelo y como ídolo. El célebre Romney la pintó alternativamente en Venus, en Cleopatra, en Prynea, en Psyquis, en Magdalena, en Hebea, en sultana, en romana, en hija del sol; y sus retratos tan multiplicados no bastaban á los pedidos de todos sus admiradores.

Ella fué la que inventó el baile del *châle* representado despues bien imperfectamente en nuestros teatros, pero que ejecutado por ella era maravilloso.

Luego que se presentó en Nápoles consiguió fascinar á la reina: á las seducciones de su espíritu y sus gracias, se unia tambien una consideracion política. Nelson, que á la cabeza de sus numerosos buques, era en aquella época el rey del Mediterráneo, humillaba su gran nombre á los pies de esta muger, que veia al mismo tiempo descender el genio hasta su amor, y la corona hasta su amistad.

Acton comprendió desde luego el ascendiente que debía ejercer en la córte de Nápoles esta peligrosa diplomática, y previendo su fortuna, quiso mejor tenerla por aliada que por enemiga. Estas dos personas fueron las que tramaron las medidas sangrientas reprochadas á la memoria de Fernando y de Carolina. Cuando llegaron las vicisitudes de aquella guerra en que la Italia era el precio del combate, y la Francia y el Austria sostenida por la Rusia y la Inglaterra los combatientes, el rey y la reina, como todo el mundo sabe, arrojados por nuestras vic-

torias y restituidos por nuestros reveses, paseaban alternativamente su fortuna errante, entre Nápoles y Palermo. En este flujo y reflujo de la guerra fué cuando la república parthenopea, aquella imitacion en pequeño de la república francesa, habiendo caido en poder de las armas reales, se vió á Lady Hamilton, de concierto con el célebre almirante, formar aquellas listas fatales que han dejado sobre los mares una mancha de sangre, que la gloria de Trafalgar no ha sido suficiente á borrar.

El rey Fernando y la reina Carolina tuvieron un gran número de hijos: entre ellos no citaremos mas que al primogénito Francisco Javier José, príncipe de Nápoles, nacido el 19 de agosto de 1779, y la princesa Luisa Amalia, que nació el 27 de julio de 1783. La segunda fué despues duquesa de Orleans; el primero fué el padre de la Duquesa de Berry.

La educacion del príncipe real en nada se pareció á la que habia recibido Fernando. Rodeado de los mejores maestros, se trató de darle conocimientos de todo género: él hablaba el griego antiguo y moderno, el latin, el francés, el español, el inglés y el alemán. No tenia aun veinte años cuando se le hizo casar en 1796 con María Clementina, archiduquesa de Austria, hija del gran duque de Toscana, legado á emperador por la muerte de su hermano José II. María Clementina no hizo mas que pasar de una vida á otra, y sin tocar el cetro, falleció tres años despues de haber dado á luz á María Carolina. La razon de estado obligó á su padre á formar nuevos lazos, y apenas trascurrido un año de la muerte de su primera esposa, es decir, el 2 de octubre de 1802, casó con María Isabel, infanta de España.

De este matrimonio nacieron once príncipes y princesas, entre los cuales es necesario contar al rey

de Nápoles actual, y la reina viuda de España Maria Cristina. Sus nombres son los siguientes:

—Fernando Carlos, príncipe heredero de las Dos Sicilias, nació el 12 de enero de 1810.

—Carlos Fernando, príncipe de Cápua, en 10 de octubre de 1811.

—Leopoldo Benjamin, conde de Siracusa, en 22 de mayo de 1813.

—Antonio Pascual, conde de Lecce, en 23 de setiembre de 1816.

—Luis Carlos Maria José, en 19 de julio de 1824.

—Luisa Carlota, en 24 de octubre de 1804.

—María Cristina, en 27 de julio de 1806 (1).

—María Antonia, en 19 de diciembre de 1814.

—María Amalia en 25 de febrero de 1818.

—Carolina Fernanda en 29 de febrero de 1820.

—Teresa Cristina María en 14 de marzo de 1822.

Estos pormenores se presentaban como el preámbulo natural de la historia de la Duquesa de Berry. Sus primeros años trascurrieron en medio de los acontecimientos, cuyo recuerdo hemos bosquejado, y era difícil hablar de su nacimiento sin hacer mencion de la ilustre progénie á quien le debía.

Ella descende en particular y directamente, de los cuatro monarcas mas grandes de que se honra la Francia: es hija de Luis XIV, de Enrique IV, de san Luis, de Felipe Augusto. Su hijo Enrique de Francia, descende del segundo de estos príncipes de catorce maneras diferentes: casi toda la sangre que corre por sus venas le viene del Bearnese.

(1) Es equivocacion, pues fué el 23 de abril. N. del T.